

—Hum! con esa se salen vds. señor. Pero ha de saber vd. que eso de cualidades está así. . . . que no es nada!

—Hombre, eso es muy aventurado.

—No señor, si de á leguas se conocia que la niña tenia un genio que ya! Si cuando las mugeres conocen que uno las quiere. . . . ¡y luego tan remilgosa!

—Mucho te repugnó.

—Y con razon, señor. Hubiera visto su mercé. Cuando la niña oyó bufar al animal pegó un chillido capaz de reventar las orejas de un artillero: y luego al trepar al estribo, que *aspamientos*, y qué dengues, y qué gestos. . . .!

—Ay! no me aprietes la mano!

—Es para que te apoyes, Prudencita.

Aquel verdugo con enaguas se llamaba Prudencia.

—Maldito estribo! mamá tiene la culpa por haberse llevado mi coche.

—Está portezuela me va á desgarrar el vestido!

—Tontó! cuida por detrás no se me vean los *por abajos*. . . .

Al fin entró aquella muñeca en el coche y se sentó quejándose de lo duro de los asientos. En tanto el marido sudaba la gota gorda, y limpiándose el sudor de la frente, ¡mal agüero! pasando junto al estribo me comenzó á dar las señas de la casa adonde íbamos, cuando la niña le interrumpió:

—Sube al coche á dar la orden, que pareces lacayo.

—Hija, esperaba que te colocaras bien.

—Jesus! Jesus! ya no puedo sufrir mas! Ay! cátese vd. para todo esto!

El marido la obedeció; hechamos á andar. Despues que habian visitado muchas casas fueron á la de unos parientes adonde iban á almorzar. Allí permanecieron algun tiempo, y á no haber tenido el amo el cuidado de que me bajaran de comer, me hubiera dado al diablo. Eso sí, iba á medio comer cuando ví bajar á la niña, la cual tenia jaqueca y queria hacer ejercicio. Tuve que dejar el apetitoso plato y que montar en mi cambuja para seguir andando. Los pichoncitos hicieron algunas visitas todavía; pero la niña seguia mala, se le habia *asqueado el estógamo* y me dió la orden para que la llevara al campo.

—A la *Candelarita*, niña?

—Sí.

Marchamos á la *Candelarita*; adonde al cabo de media hora llegamos. La niña se bajó y comenzó á dar vueltas, en tanto que el marido se deshacia en ofertas, obsequios y cuidados.

—Quieres tomar algo, mi vida.

—Nada; no tengo ganas: apesar de que comí tan poco en casa de tus parientes. ¡Qué comida tan incapaz! Me dió con ella jaqueca.

—Por lo mismo, chula; tomas pato. ¡Sí?

—Mira hombre, la niña quiere pato.

Y la niña se embauló bonitamente un sendo pájaro! y eso que estaba mala!

Pronto se hizo tarde: yo habia entrado á un jacal, mientras ellos paseaban, para visitar unos compadres: cuando volví á mi coche me encontré un cuadro precioso, lo que no me esperaba ciertamente; se lo aseguro á vd.

—¿Qué era aquello?

—Nada: la niña estaba medio desnuda y atada á una rueda; y su marido rodeado de cuatro hombres que lo desplumaban.

Al llegar yo, echaron á correr los ladrones: me acerqué á desatar á aquella Eva y á aquel Adán que en semejante paraíso estaban haciendo la mas triste figura del mundo. Yo fui la serpiente, confieso mi pecado, señor amo; pero habia un celoso que queria vengar eso que vdes. llaman calabazas: y me pagaba muy bien sino impedia yo el chasco que á los novios queria pegar.

—Ay amo! cuánta maldicion, cuánta lágrima y cuánto desmayo! La niña parece que *me comió el trigo*; pues exclamaba diciendo que yo tenia parte en aquel robo, por haberme alejado; mas yo protesté tanto mi inocencia que se suspendió la disputa, volvieron á subir y los llevé á su casa. Fui bien pagado; el niño á escondidas de su muger me dió una buena gratificacion y Dios con todos.

—Y el diablo contigo, dije yo, pidiéndole á Dios me libertase de aquellos chascos en que el cochero toma una parte tan activa.

Llegamos á Tacubaya y cesó el diálogo.

El cochero terminó su charla picante y fecunda en episodios. Nuestro hombre no ha recibido educacion, apenas sabe leer, y esa vivacidad es natural, adquirida en su carrera tan llena de lances y aventuras. Colocado en medio de la sociedad, tiene que aislar muchas veces á algun ciudadano en el centro mismo de la multitud: y como son tantas y tan variadas las veces que hembras y machos buscan esos escondites ambulantes, se multiplican por lo mismo esos casos de conciencia que se fian al cochero. Nada mas cómodo para un trapacero que andar en coche, pues así es mas fácil evadirse de sus acreedores. Nada como un coche para que una niña vaya á sus visitas. Y si es un payo que viene á visitar los lugares comunes públicos de la capital, el cochero se encarga de recibirlo en la casa de diligencias, para llevarlo á la casa ú hotel adonde se ha de hospedar, para iniciarlo despues en los misterios y rincones de la poblacion.

Hay tambien transiciones muy grandes en la vida de nuestro personaje. Por una recomendacion ó por un conocimiento cualquiera se destina en alguna casa, y entonces es cochero de coche particular. Su círculo se ha reducido pero sus aventuras han aumentado: las in-

trigas son mayores, ya con la niña de la casa, cuyos amores protege; ya con la señora, cuyos celos fomenta. Pero no levantemos el velo de las individualidades aristocráticas del cochero. Estos lances le hacen descender de nuevo á la vida pública.

El cochero tiene tambien sus dias de gran provecho, en la festividad del Córpus, funciones de toros y fiestas nacionales. Pero una noche de bautismo es su encanto, su delicia, con tal que los padrinos no sean de memoria flaca. Entonces los *bolos* que le dan y los que él sabe recoger con su ancho sombrero en la puerta de la parroquia; los latigazos que reparte á los muchachos, los gritos y la boruca forman su elemento.

Mas por desgracia nada hay estable en esta vida. La úlcera que le ha traido en una pierna el roze continuo de la lanza, se ha empeorado, y ya no puede trabajar. Allí está tirado en una cama, lleno de miseria y de dolores.... pero ya no es cochero y no tenemos que ocuparnos en hablar de un enfermo: en esto no desmentimos que somos de la raza humana.—* * *

